

Entre el sueño y la vigilia



FANNY SCHKOLNIK¹

Antiguamente Chuang Tzu soñó que era mariposa.
Revoloteaba gozoso;
era una mariposa que andaba muy contenta de serlo.
No sabía que era Chuang Tzu.
De pronto se despierta.
Era Chuang Tzu y se asombraba de serlo.
Ya no le era posible averiguar si era Chuang Tzu
que soñaba ser mariposa
o la mariposa que soñaba ser Chuang Tzu.
Así son las transformaciones de las cosas.
Lo que en sueño el espíritu asocia y mezcla,
en la vigilia el cuerpo separa y discrimina.

«Sueño de la mariposa», CHUANG TZU

Malignos seres hay y benignos.
Entre ellos se hacen signos de bien y de mal,
de odio o de amor, o de pena.
Son formas del Enigma la paloma y el cuervo.
El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.
El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!
Oh aroma de su sexo! Oh rosas y alabastros!

«Coloquio de los centauros», RUBÉN DARÍO

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fschkol@chasque.net

El trabajo de análisis en el marco de la transferencia transita por esa brecha que se abre entre la fantasía, el sueño y la vigilia. Paciente y analista se instalan en el escenario con un texto manifiesto, aparentemente conocido, pero en el transcurso del análisis ambos se sorprenden al ir encontrando otro texto que rompe con la coherencia del anterior. Se convierten en actores y autores en ese nuevo escenario que los involucra fuertemente en una relación en la que se vuelve imprescindible la discriminación para sostener la necesaria situación asimétrica del análisis.

Y al despegarse, la transferencia abre camino a los cambios en una temporalidad que tiene características muy particulares. ¿Cómo pensar esta situación en la que el paciente le cuenta a un desconocido las cosas más íntimas, lo más familiar, que termina resultando extraño, sin tener en cuenta el papel que juega la transferencia? La escena del análisis se condensa y confunde con la de la infancia, pero es otra. Se repite algo anterior en un encuentro que actualiza y condensa otros viejos, posibilitando nuevas vivencias. Pero no es una mera repetición de aquellos vínculos que sostienen la insistencia repetidora pulsional. Los recuerdos propios resurgen como ajenos y los acontecimientos del pasado solo pueden recuperarse entramados con la fantasía y en forma fragmentada. El particular carácter de intimidad que tiene la experiencia de análisis enfrenta al sujeto con vivencias que remiten a lo más desconocido de sí. Y los cambios que surgen del trabajo analítico podrán darse en la medida en que el paciente logre conectarse vivencialmente con ellas para lograr un mayor contacto con lo propio en el trabajo elaborativo del análisis.

Algo del orden de una nueva forma de conocimiento de sí, que se vive como más verdadera, nace en ese espacio propicio para la evocación y actualización de vivencias propias de los vínculos tempranos. La metáfora freudiana de «llenar las lagunas del recuerdo» nos lleva a pensar en la necesidad de construir diferentes puentes para conectar ambas orillas de una laguna que nunca llegará a desaparecer. Conexiones nuevas para viejas vivencias que anudadas a las actuales impiden a esas lagunas transformarse en mares intransitables. Paradoja del análisis que se orienta hacia el pasado en el intento de desprenderse de él.

La resonancia que el encuentro con el paciente promueve en el analista juega también un papel protagónico junto con la transferencia y no en

oposición a ella. Si tenemos en cuenta, como plantea Pontalis (1978), al considerar el término *contratransferencia* (*gegenübertragung*), que el prefijo *gegen* significa 'contra', pero también 'frente a', 'con', 'recíproco', etcétera, no se trataría entonces de una mera consecuencia de la transferencia, sino de la expresión de las ocurrencias que surgen en el analista en ese vínculo tan particular que se da con su paciente en el campo de la transferencia, que también despierta en alguna medida sus propias vivencias y su historia. El análisis los convoca a ambos, que van a experimentar cambios, aunque de distinto orden. Pero si el analista no cambia, no hay análisis.

Los cambios del analista están vinculados a lo singular de la relación con cada paciente, pero van más allá. Se vinculan también a los cambios socioculturales y a los referentes teórico-clínicos en el ámbito de la propia comunidad psicoanalítica en la que el paciente y el analista están inmersos. Hay una escucha distinta en función de lo que nos convoca de los cambios en la cultura y las costumbres, la constitución de la familia y las nuevas formas en que se pone de manifiesto la sexualidad. Todo esto hace que sea muy distinto el modo en que nos relacionamos con el paciente. En este sentido, destacaría particularmente lo que pasa cuando se pone en juego el cuerpo, tanto en el vínculo en el consultorio como fuera de él.

Una anécdota muy ilustrativa en ese sentido es lo que contaba la persona que fue secretaria de la institución en la década del 70. Frecuentemente veía que en una misma habitación del lugar donde se hacían los seminarios y las actividades científicas dos personas se daban la espalda sin moverse de ahí ni saludar a la otra. No entendía lo que pasaba. Pero tampoco la conformaban demasiado las explicaciones cuando le decían que era necesario mantener esa distancia para preservar la neutralidad del vínculo del paciente con su analista. ¿Cómo podía ser que esa relación en la que se jugaban tanto los afectos pudiera ser tan neutra? Las interrogantes no habían desaparecido.

Esas mismas preguntas también nos convocaron a muchos de nosotros, que fuimos dejando de lado la noción de neutralidad. La necesaria discriminación en cuanto al lugar del analista y el del paciente se logra con la abstinencia que el analista modulará según lo singular propio de cada situación (Schkolnik, 1998). La recreación de una situación originaria fallante en una relación por momentos muy marcada por

el transactivismo plantea el riesgo de establecer vínculos fusionales. Sin embargo, por esos momentos de indiscriminación también es necesario transitar, buscando siempre la forma de sostener el posicionamiento analítico, amenazado por la vertiente narcisista de la contratransferencia y la transferencia, con un permanente trabajo de autoanálisis. Es en este sentido de la indiscriminación que podríamos relacionar el análisis con el taoísmo, en sus aproximaciones y diferencias. El tao busca superar la discriminación con los sueños, para llegar a lo que supone la aspiración a la verdadera identidad. Y el camino del análisis también implica el acercamiento a lo indiscriminado vinculado al trabajo en las fronteras entre consciente-preconsciente e inconsciente, en esa situación tan particular que se crea en transferencia, que favorece un cierto borramiento entre el sueño y la fantasía con la realidad. Pero a diferencia de lo que ocurre en el tao, junto con ese tránsito por momentos de relativa indiscriminación en el análisis está también la necesaria discriminación promovida por la abstinencia, los distintos elementos del encuadre y el posicionamiento analítico, que contribuyen al trabajo elaborativo y habilitan el acceso a la condición subjetiva en el campo de la transferencia. En esta perspectiva, diríamos que Chuang Tzu habría logrado cambios importantes al soñar que era mariposa, distinguirse de ella al despertar y a la vez conservar las marcas de ese y otros sueños en el ámbito de lo fantasmático. Esa es la riqueza de la apertura a nuevos sentidos que puede aportarles el análisis al paciente y al analista.

Respecto a lo que entendemos por apertura a nuevos sentidos en el análisis, me ha resultado esclarecedor un aporte de la lingüística que hizo Prieto, citado por Mounin (1979), acerca de la diferencia entre sentido y significado. Mientras que el significado supone una relación universal, fija, con el referente, el sentido se aplica a lo singular, es siempre móvil y relativo; varía según el lugar, el momento, los interlocutores y el objeto del que se trata.

Por eso planteamos que el análisis da lugar a nuevos sentidos a partir del trabajo elaborativo de desligar y ligar distintos textos, jirones de recuerdos y ocurrencias que se dan en el juego de transferencias entre el paciente y el analista en el marco de un código común que se va construyendo entre ambos. No se trata de encontrar el significado de los síntomas ni develar

verdades ya establecidas de una realidad psíquica siempre inalcanzable, que llega fragmentariamente y transformada tomando formas que se relacionan con el encuentro con otro que escucha a partir de sus propias vivencias y su historia. Es a partir de esto que concebimos los cambios que pueden lograrse con el análisis.

Podríamos decir que las condiciones para la analizabilidad pasan por la posibilidad de enfrentar las oscuridades del sujeto respecto de sí mismo, movido por el deseo sostenido de procesarlas en alguna medida, tolerando el dolor y la angustia que necesariamente produce recorrer esos caminos que lo acercan a lo más enigmático de sí. Es con la expectativa de encauzar mejor el papel determinante que lo desconocido inconsciente tiene en su vida que surge el deseo de establecer el vínculo con alguien al que inviste particularmente como compañero en un «viaje» que tal vez es más importante por lo que se da en el tránsito que por el destino que se pretende alcanzar. En este marco podrá darse lo que entendemos por analizabilidad, en el que están presentes los conceptos básicos que definen el campo propio del psicoanálisis. Por una parte, el apuntar a lo desconocido que nos remite a lo inconsciente y a la división fundamental del psiquismo a partir de la represión, estructurante del sujeto y fuente de conflicto psíquico. Y por otro lado, el deseo, como motor que responde a la fuerza de lo pulsional, pondrá en juego la sexualidad en sus muy diversas expresiones a partir de la transferencia, promoviendo un vínculo en el cual se repiten pero también se recrean vivencias anteriores. El cambio psíquico al que puede llegar cada paciente no podrá darse sino en el marco de los límites que le permiten las resistencias, que a su vez nos remiten a la «roca» que define lo interminable del análisis (Freud, 1937).

El retorno de lo familiar puede llegar a adquirir un carácter verdaderamente inquietante (*unheimlich*) cuando se pone de manifiesto lo secreto, incestuoso, indiscriminado que proviene de generaciones anteriores. En estos casos, la presencia de identificaciones patógenas que comprometen la represión originaria y la identificación primaria, pacientes que ubicamos en las fronteras de la neurosis o más allá de ellas, requiere un trabajo de desidentificación valorando siempre los riesgos y los límites que se deben tener en cuenta en lo singular de cada situación. Puede resultar muy difícil de tolerar el trabajo de desidentificación para el paciente cuando hay

carencias importantes en la represión originaria que lo llevan a levantar sus propios muros ante la vivencia de un derrumbe psíquico al perder los referentes fundamentales en los que se sostiene su constelación identificatoria, particularmente con relación a la identificación primaria.

La analizabilidad suele vincularse frecuentemente a la noción de pensamiento analítico. Un concepto discutible, si entendemos el pensamiento como se maneja en el ámbito científico, filosófico o epistemológico, referido habitualmente al conjunto de operaciones mentales que se vinculan al terreno de lo conceptual, el juicio y la razón (Abbagnano, 1991). En ese sentido se podría decir que caemos en un planteo que no toma en cuenta los efectos de la incidencia del inconsciente, que da lugar a un modo de funcionamiento psíquico con una lógica muy distinta de la que gobierna la conciencia y la razón. Sin embargo, también es factible plantear, desde un punto de vista epistemológico, la coexistencia de una lógica propia de lo inconsciente con otra que caracteriza el registro consciente-preconsciente instaurando precisamente los cimientos en los que se sostienen la teoría y la práctica del psicoanálisis.

Los funcionamientos contradictorios en el psiquismo propios del sujeto del psicoanálisis no responden a una supuesta unicidad, sino al dinamismo de una permanente situación de conflicto en el plano psíquico. En este sentido, la concepción del sujeto que surge a partir de los planteos freudianos acerca de la estructuración psíquica configura un verdadero corte epistemológico cuyos efectos han desbordado el campo propio del psicoanálisis, incidiendo en los distintos ámbitos de la cultura del siglo xx y los comienzos del xxi.

El interés en establecer los diferentes elementos que suelen incluirse en la noción de pensamiento analítico tiene que ver en última instancia con nuestra concepción del análisis como una práctica siempre abierta a la interrogación de los postulados teóricos y del método. En esa línea están las necesarias reformulaciones acerca de las condiciones de analizabilidad, los criterios acerca de la cura, los indicadores del fin del análisis, las posibilidades de autoanálisis y, en etapas posteriores, los nuevos destinos de la transferencia en la situación que Laplanche (1987) caracteriza como «transferencia de la transferencia». Seguramente podríamos seguir mencionando muchos otros puntos que remiten a las múltiples interrogantes que

se plantean actualmente en nuestra disciplina y los muy distintos planteos que se han formulado en ese sentido, propios del pluralismo que se ha ido desplegando después de Freud. Sin embargo, lo que verdaderamente importa es destacar que se mantienen los conceptos fundamentales y postulados compartidos que nos permiten sostener la identidad del psicoanálisis.

Si bien las condiciones de analizabilidad se despliegan por efecto de la transferencia, cabe preguntarse si hay un germen de pensamiento analítico vinculado a características estructurales del psiquismo. Hay personas que nunca accedieron al análisis y sin embargo disponen de una permeabilidad consciente-inconsciente que les permite un contacto importante con su mundo interno sin quedar limitadas al registro meramente racional. En ellas tal vez habría un predominio de lo que Green (1973) cataloga como función objetalizante, en tanto el paciente logra establecer un vínculo importante con un objeto significativo que permite los cambios en el psiquismo. Este vínculo con una persona, una institución o una producción de índole muy variada permite una mayor movilidad en el plano de representaciones y afectos. El encuentro analítico con ese otro cuya investidura instauro la transferencial también incide en las posibilidades de cambio psíquico.

Por otra parte, hay pacientes con dificultades importantes para analizarse, aunque intenten hacerlo durante muchos años con los más diversos y prestigiosos analistas. Sin embargo, la experiencia nos enseña que a partir de un trabajo sostenido del analista, apostando fuertemente a la función objetalizante para lograr el necesario trabajo con la desmentida y las escisiones para intentar mayores posibilidades de simbolización, se pueden lograr avances en cuanto a la analizabilidad.

¿Qué factores inciden en las posibilidades de cambio en el paciente en cuanto a la relación entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente en el a posteriori de la situación analítica? En primer lugar hay que destacar el deseo de análisis vinculado a la curiosidad frente a lo desconocido que pueda surgir en ese trabajo en común que se disponen a realizar ambos, manteniendo una postura abierta frente a lo desconocido, sin someterlo a teorizaciones defensivas. Pero ese deseo se da junto con vivencias que en alguna medida son desestabilizantes y pueden llegar a ser una fuente de sufrimiento importante. Así como al niño los enigmas a los que se ve

enfrentado le resultan en alguna medida de carácter traumático y a la vez promotores del crecimiento psíquico, al paciente lo convocan como deseante en un movimiento que apunta a iluminar esas oscuridades y al mismo tiempo provoca dolor psíquico porque lo enfrentan a sus carencias, sus límites y sus pérdidas.

Respecto a las distintas posibilidades de analizabilidad que puede tener alguien al enfrentarse a lo enigmático de su mundo interno en el análisis, me ha resultado ilustrativo lo que propone Roussillon (1991), que a mi modo de ver da cuenta de las diferentes formas en que diferentes pacientes traen al análisis un mismo acontecimiento externo.

Se trata de un hombre que camina por el jardín y pasa frente a una estatua que un golpe de viento derriba de repente sobre él. Un primer paciente lo trae al análisis como un accidente, un acontecimiento que no asocia con nada propio; es algo ajeno, objetivo. Otro lo vive como algo doloroso, lo accidental cobra el valor de enigma, la realidad ya no es indiferente sino que refleja algo del propio sujeto. «¿Por qué tenía que pasarme esto a mí?», se pregunta. Y un tercero no se debate, la estatua lo aplasta, se pega a él; enfrentado a lo que se ofrece como su destino, queda preso, fijado, inmovilizado.

Si trasladamos esto a la tarea analítica, podríamos decir que, en la primera situación, el trabajo analítico encontrará importantes resistencias y solo podrá generarse un terreno propicio para el análisis si en alguna medida se logran modificar esas defensas en las que el paciente permanece encorsetado. El acontecimiento de la estatua queda vinculado en este caso solamente a una realidad objetiva. El paciente no lo conecta para nada con su mundo interno, no permite que se ponga en juego la vinculación con sus propias mociones pulsionales y su historia, para trabajarla en el análisis.

En el segundo caso, se produce transitoriamente un borramiento parcial de la diferencia entre realidad externa e interna. En la caída de la estatua el sujeto puede encontrar reflejado en alguna medida algo de su propio mundo interno, acercarse a sus enigmas y contactar con el dolor psíquico. Se actualizan y activan marcas anteriores en las que también se sintió aplastado y lo objetivo queda necesariamente impregnado por lo pulsional. Ese borramiento relativo de la diferencia entre la realidad externa y la interna permite el acercamiento a una realidad psíquica que se

juega esencialmente en el escenario de la fantasía, como puesta en escena de un mundo interno en el cual desempeña un papel primordial lo que insiste desde lo inconsciente, instaurando el sujeto del psicoanálisis. El acontecimiento actual, que en la historia de Roussillon tiene que ver con la caída de la estatua y en el análisis con lo que ocurre en el ámbito de lo transferencial, da lugar a un trabajo psíquico con esa interrogante fundamental: «¿por qué tenía que pasarme esto a mí?». A partir de esa pregunta podrá darse el necesario despliegue de la fantasmática que responde a una movilización interna que se inscribe en su mundo representacional y afectivo, generando a su vez nuevas interrogantes frente al desconcierto que produce el enfrentamiento a lo enigmático. El trabajo de perlaboración tendrá entonces la chance de posibilitar la emergencia de nuevos sentidos en el a posteriori del escenario analítico, en tanto el sujeto pueda tolerar las necesarias limitaciones de lo que en última instancia permanecerá siempre como incognoscible (Schkolnik, 2001).

La tercera escena nos lleva a pensar en carencias importantes en la simbolización por fallas que comprometen la represión originaria y hacen que el paciente no pueda sostenerse en su condición de sujeto, preso de su destino, sumergido en lo ominoso, alienado en la extrañeza de lo desconocido familiar. En sus intentos de salida solo puede recurrir a escisiones y actuaciones de diversa índole vinculadas al predominio de las defensas primitivas. En este caso, las posibilidades de análisis, que aparecen muy limitadas, estarán orientadas en la medida de lo posible a la ampliación del espacio psíquico mediante un trabajo sostenido en la transferencia, estableciendo ligazones en una malla representacional aparentemente muy fallante, junto con necesarias desligazones para promover la desidentificación de identificaciones patógenas y favorecer los procesos de discriminación, intentando disminuir la incidencia de las defensas arcaicas para aumentar los recursos yoicos y lograr mejores condiciones de simbolización (Schkolnik, 2003).

En cuanto a las características del psiquismo que permiten el enfrentamiento a lo enigmático de nosotros mismos, es necesario tener en cuenta las posibilidades que tiene cada sujeto de diferenciar el yo del no-yo en función de cómo se ha dado la estructuración psíquica, que a su vez depende en gran medida de una imprescindible intrincación pulsional

vinculada a las vivencias con los objetos primordiales. Si pensamos que con la represión originaria se instaura la división consciente-inconsciente, con la cual no solo se crea el ámbito de lo inconsciente, sino que se establecen los primeros esbozos del yo, llegamos a valorar la importancia del carácter estructurante de esta para disponer de un espacio psíquico suficiente para tramitar lo desconocido que permanentemente convoca al sujeto, tanto desde su mundo interno como desde el exterior.

Laplanche (1987) nos aporta elementos para pensar en este sentido con su teoría de la seducción generalizada, en la que subraya la prioridad del otro para la estructuración psíquica a partir de la situación asimétrica que se da en los primeros encuentros con la madre. En esta perspectiva, la seducción que el adulto ejerce sobre el niño se vincularía a los mensajes que provienen de sus deseos sexuales inconscientes, que el *infans* no puede descifrar por su propia inmadurez pero que terminan haciendo marca en él con el carácter de significantes enigmáticos, para constituir finalmente lo reprimido originario. Las condiciones en las que se dan estos primeros vínculos son entonces muy importantes para la asunción de la subjetividad, particularmente en cuanto a los efectos de un exceso de presencia o de ausencia del objeto primordial. Es en este sentido que Laplanche (1992) distingue las nociones de implantación y de intromisión, muy próximas a lo que Piera Aulagnier (1975) cataloga como violencia primaria y secundaria.

Las fantasías originarias y las teorías sexuales infantiles son algunas de las construcciones con las cuales se intenta en cierta medida procesar los enigmas que surgen de la relación con los primeros objetos. Se establecen así los cimientos de ese psiquismo en formación en el que lo fantasmático juega un papel fundamental para el trabajo de simbolización que se dará en el a posteriori habilitando la posibilidad de un pensamiento analítico. Si la diferenciación entre el yo y el no-yo no se realiza suficientemente, el paciente recurre a defensas rígidas o a actuaciones a nivel de la palabra, el cuerpo o la motricidad que lo distancian del trabajo analítico, porque, como plantea M. de M'Uzan (1994), no dispone de cierta tolerancia a las vivencias de despersonalización que requiere ese trabajo y que surgen a partir del borramiento transitorio de los límites entre el mundo interno y el mundo exterior.

La etimología de enigma como la trae Corominas (1961) resulta interesante porque nos dice que el término deriva del latín *aenigma*, y este, del griego *áinigma*, que significa ‘frase equívoca y oscura’, derivado a su vez de *ainíssomai*, ‘doy a entender’. A la idea de oscuridad se le suma entonces la del movimiento que supone dar a entender lo que se esconde tras ella. Pero también se agrega la noción de lo equívoco, que según el *Diccionario* de María Moliner (1992) significa ‘palabra o expresión que tiene dos significados o se puede interpretar de dos maneras’, algo que necesariamente tiene que estar siempre presente en nuestra escucha.

Freud (1926) plantea en *Inhibición, síntoma y angustia* que el dolor responde a la vivencia de pérdida del objeto real o fantasmático, a diferencia de la angustia, que se vincula con la amenaza de pérdida. ¿Cómo pensar el dolor en la experiencia de análisis, tanto en el paciente como en el analista? ¿Cómo trabajar con esas carencias y pérdidas que trae el paciente? El intento será siempre en el sentido de que el paciente pueda contactar en alguna medida con ese dolor mediante un trabajo que apunte a que pueda acercarse a lo inconsciente reprimido y escindido sin quedar invadido ni paralizado por el impacto emocional que esto le produce. Un tránsito que solo podrá realizarse verdaderamente de un modo vivencial, «encarnado», sin caer en construcciones teóricas frías que estarán siempre lejos del mundo de las representaciones y las pulsiones propio de lo inconsciente. El enfrentarse a las pérdidas y carencias implica un compromiso emocional importante, conmueve fuertemente al sujeto, y la posibilidad de hacerlo sin obturarlas rápidamente con sustituciones o desconocerlas mediante la desmentida constituye una condición fundamental para procesarlas. A esto se refiere Pontalis (1977) al plantear que el dolor está en los confines del cuerpo y la psiquis, de la vida y la muerte. Y termina el último capítulo de su texto diciendo que «un analista que ignora su propio dolor psíquico no tiene ninguna posibilidad de ser analista, así como el que ignora el placer —psíquico y físico— no tiene chance de continuar siéndolo».

En cuanto a la relación que se puede establecer entre el dolor psíquico y el corporal somático, creo que así como este último nos remite a un modo nuevo de relacionarnos con nuestro cuerpo, el dolor psíquico nos posibilita otras formas de relación con nuestro mundo interno a partir de una experiencia vivencial importante. En ese sentido, Green (1973)

subraya la importancia del dolor al sostener que si acompañamos el planteo freudiano respecto al afecto en general como una descarga interna, el dolor nos remite al modelo del afecto de manera más explícita que la experiencia de satisfacción.

Volviendo al objetivo que nos planteamos para este trabajo, en cuanto a la perspectiva desde la cual nos ubicamos en el análisis en el marco de la transferencia, Rubén Darío (1954) nos presta su voz y su mirada de poeta para trasladarnos, con el «Coloquio de los centauros», a esos seres monstruosos que son mitad hombre y mitad caballo, en ese cruce de caminos en el cual encontramos el enigma, con un «aroma del sexo», que impregna un mundo en el que confluyen el bien y el mal, el dolor y el placer, el odio y el amor, la vida y la muerte. ♦

RESUMEN

Este trabajo se propone abordar el tema de la analizabilidad jerarquizando particularmente las posibilidades de un sujeto para enfrentarse a los enigmas que surgen por efecto de lo inconsciente en el psiquismo. Ese intento de trabajar con lo enigmático y desconocido de sí mismo enfrenta al sujeto con sus carencias, se acompaña del dolor psíquico, pero a la vez permite el crecimiento en el plano del psiquismo. Queda planteada la interrogante acerca de la noción de pensamiento analítico y la posibilidad de que exista un germen de este, que se despliega en el análisis y que también estaría presente en personas que nunca accedieron a la experiencia del análisis propiamente dicho. Personas que disponen de esa necesaria permeabilidad en la relación consciente-inconsciente que les permite contactar con su mundo interno sin quedar limitadas al registro de lo meramente racional. Dado que el trabajo del análisis implica la posibilidad de un borramiento transitorio de límites yo-mundo exterior para permitir la emergencia de lo inconsciente, se plantea que las condiciones de analizabilidad favorecidas por el trabajo del analista en la transferencia dependerán de una estructuración psíquica en la que la represión originaria haya permitido en alguna medida el establecimiento de la diferenciación entre yo y no-yo junto con una intrincación pulsional habilitadora de esta.

Descriptores: ANALIZABILIDAD / CAMBIO PSÍQUICO / ABSTINENCIA / SIMBOLIZACIÓN
/ DOLOR /

SUMMARY

The paper is an attempt to approach the analytic task by placing it in the space which is constituted between the states of wakefulness, dream and phantasy, where analyst and patient confront the enigmas that arise as an effect of the unconscious in the psyche. A situation that necessarily refers back to needs, obscurities and psychic pain.

In turn, approaching the unknown, in the setting of the transference, gives rise to a mobilization that opens the possibilities for changes and

growth at the psychic level. The conditions for analyzability will depend on the characteristics of the psychic structure. A germ of analytic thinking has to be displayed in the transference so that it enables a transient withdrawal of the limits between the internal and external worlds, in order to allow an approach to the unconscious. This assumes a primal repression that has allowed sufficient ego-not ego discrimination, together with a drive mixture which makes it possible.

Keywords: ANALIZABILITY / PSYCHIC CHANGE / ABSTINENCE / SYMBOLIZATION / PAIN /

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, N. *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- CHUANG TZU (III a. C.). «Sueño de la mariposa». En *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Contemporánea-Ed. de Bolsillo, 2013.
- COROMINAS, J. (1961). *J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1976.
- DARÍO, R. (1896). «Coloquio de los centauros». En *Prosas profanas*. Madrid: Aguilar, 1954.
- DE M'UZAN, M. (1994). *La boca del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- FREUD, S. a) (1900). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- b) (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- c) (1937). *Análisis terminable e interminable*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- GREEN, A. (1973). a) *La concepción psicoanalítica de los afectos*. México: Siglo XXI, 1975.
- b) (1993). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- LAPLANCHE, J. (1987). a) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- b) *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- MOLINER, M. (1992). *Diccionario del uso del español*. Madrid: Gredos.
- MOUNIN, G. *Diccionario de lingüística*. Barcelona: Labor, 1979.
- PONTALIS, J. B. a) (1977). *Entre el sueño y el dolor*. Buenos Aires: Sudamericana, 1978.
- b) *La force d'attraction*. París: Seuil, 1990.
- ROUSSILLON, R. (1991). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- SCHKOLNIK, F. a) «Neutralidad o abstinencia». En *RUP* 89, 1998.
- b) «Los fenómenos residuales y la represión originaria». En *RUP* 94, 2001.
- c) «Transferencia negativa y narcisismo». *RUP* 97, 2003.